



Hay pocas cosas tan seductoras como el olor del pan horneado. Contiene un calor en su aroma, así también una promesa de algo bueno por venir. Estimula el apetito y ofrece una insinuación de comodidad. Los publicistas lo usan para crear una sensación de bienestar y satisfacción en los compradores de víveres y de casas, la teoría dice que todos buscan la comodidad familiar, y este aroma en particular evoca la seguridad y el confort del hogar. En las manos de un buen panadero, el pan recién horneado también tiene una apariencia atractiva, una corteza bien dorada, una figura bien formada y un tamaño adecuado.

Empezó como un bulto de masa; un conglomerado amorfo de ingredientes, el cual puede parecer muy poco apetitoso, poco prometedor, poco atractivo. Después de horneado, aparece como una barra de pan apetecible y familiar; una promesa atractiva de satisfacción sana, una solución para una necesidad básica. Su transformación de un estado al otro se debe principalmente a la presencia de la levadura, la cual se agregó a los otros ingredientes, la cual no se distinguía cuando la masa era amasada.

Escondida muy profundo dentro de la masa, la levadura trabaja, sin ser vista, sin ser escuchada. Cuando la barra de pan emerge del horno, no existen señales de la levadura; no la encontramos cuando cortamos el pan. Esta ha ayudado a crear el olor, la forma, la textura del pan, pero se ha convertido en una parte integral del pan. Ha subido la masa y aligerado su textura, ayudando a transformarla en algo deseable, algo para lo cual tenemos apetito, algo que necesitamos para tener fuerza, energía y acción. La acción de la levadura transforma la masa y la aumenta haciéndola comestible y digerible. Sin el agente de elevación, la masa se convertiría en algo diferente. El pan podría ser una especie humilde de comodidad, pero es uno que ha sido elevado para alcanzar su potencial completo gracias a la levadura, el agente de elevación el cual ayudó a sacar su potencial verdadero.

“Eleva” es una manera de realzar las cosas. Como la levadura, nosotros también tenemos algo que elevar. Tenemos que “elevar nuestras normas”, “elevar el juego”, “elevar una sonrisa”, “levantar consciencia”. Mucho más importante, en respuesta a la cuestión catequética: “¿Qué es rezar?”, aprendimos que “rezar es elevarnos en mente y corazón hasta Dios”.

Debido a que pertenecemos a una comunidad de fe sensible e interactiva, también tenemos muchas fórmulas de oración las cuales nos hacen capaces de rezar juntos, y ellas son una parte muy importante de nuestras vidas, pero la recitación de palabras debe salir de un corazón y mente elevados a Dios. La oración verdadera es una conmoción del corazón, un deseo de ser uno con Dios, un deseo de pertenecer a Dios, un deseo de ser aceptados por Dios. Estar en sintonía con Dios es nuestra oración verdadera, es una actitud de unión, de unicidad; es nuestro “estar-con-Dios” y es más importante que las palabras y las fórmulas de nuestras oraciones vocales formales.

San Agustín dice en una de sus cartas: “Él que creo todas las cosas con su Palabra, no necesita de las palabras de los humanos”. También escribió: “Existe otra manera de orar sin cesar y que es la manera del deseo.... Este deseo suyo es su oración”.



San Pablo le dice a los Romanos que “cuando no sabemos cómo rezar de la manera que se debe, el propio Espíritu intercede por nosotros con gemidos muy profundos que no se pueden expresar”. (Capítulo 8)

Esto es muy evidente cuando conocemos personas que no tienen palabras, personas que no hacen sonidos, pero que desean ser parte de la comunidad de oración, quienes desean ser amigos de Dios, que oran a Dios con “gemidos muy profundos que no se pueden expresar”. En un grupo de Spred somos privilegiados por compartir tiempo y espacio con personas semejantes, y compartimos también sus oraciones.

A menudo somos tentados a considerar que estamos permitiendo a estos hombres y mujeres compartir nuestra oración, nuestra fe, nuestra participación, pero después de algunos años en un grupo de Spred, empezamos a darnos cuenta que estamos recibiendo algo que no podemos poner en palabras. Gradualmente aprendemos a reconocer que una inclinación de la cabeza, un movimiento de la boca, el seño fruncido, pueden indicar una conmoción del corazón, la elevación de la mente y el corazón hacia Dios. Aprendemos a darnos cuenta que indicaciones simples como esas son una expresión de un deseo de ser uno con Dios; ese deseo de estar en sintonía con Dios.

Así como llega hasta Dios, esta comunicación sin hablar nos llega y nos atrae, nos atrae hasta este otro reino más profundo de oración. Como la levadura escondida en un montón de masa, éste se transfiere hasta nosotros en silencio, sin ser visto, aparentemente inactivo. Esto nos transforma, como individuos y como grupo, abriendo para nosotros una oportunidad para reconocer que la oración se desarrolla en lo más íntimo de nuestro ser y luego penetra lo que hacemos, decimos, pensamos y ofrecemos. Cuando les ofrecemos tiempo y compañía, reconocemos que nuestras actitudes hacia la vida son más abiertas, más amplias, más satisfactorias.

Pasar tiempo con hombres y mujeres, niños y adolescentes, que habitan en una realidad sin palabras, nos eleva hasta una nueva consciencia de nuestra propia comunicación con Dios. Ellos son la levadura para nosotros, transformando nuestras actitudes de una manera que no es vista, ni escuchada ni medible. San Ambrosio dice que “las cosas que no son vistas son eternas”.

Es una gran tentación para nosotros como catequistas pensar que las palabras nos ayudarán. Queremos saber la letra de los himnos, queremos interpretar las palabras de las lecturas, estamos muy atados a nuestra habilidad de decir o cantar el significado intelectual de nuestro propósito. Es necesario recordarnos a nosotros mismos de vez en cuando que la expresión vocal no es la parte más importante de la comunicación, ni con Dios ni con las otras personas. Es el propósito del corazón, la verdad de nuestra atención lo que comunican nuestro significado auténtico.

Intentar actuar sin palabras es difícil para nosotros, pero para comprender el poder de la comunicación silenciosa es algo que deberíamos intentar. Al preparar los gestos para el himno o para las lecturas, podríamos intentar empezar usando sólo nuestras expresiones faciales, sin palabras, sin manos. Esto nos daría un entendimiento nuevo del verdadero significado e intención detrás de las palabras. También podría darnos una mejor afinidad con aquellos que no hablan y nos ayudaría a entender qué es lo que tiene sentido para ellos. Esto podría enriquecer nuestra comprensión del poder de Dios para conocer los pensamientos más íntimos de nuestras mentes y los deseos de nuestros corazones.

La oración verdadera es la elevación de la mente y corazón hacia Dios, y somos privilegiados de conocer personas que pueden mostrarnos la verdad de esa realidad, aunque pudiera parecer que los demás no están haciendo nada en absoluto.

Cuando estamos presentes en una sesión de Spred, nosotros, de hecho, pasamos tiempo “haciendo nada”, y motivamos a los demás a “hacer nada”, para involucrarse en una actividad calmada. No es el “hacer” lo que es importante. El hacer, el resultado, es totalmente irrelevante. Es innecesario. Es la tranquilidad lo que importa.

**UNA
ELEVACION**

Los primeros santos que vivieron en el desierto y contemplaban los misterios de Dios solían tejer esteras para ocupar su atención física. Cuando habían terminado, pasaban tiempo deshaciendo su obra, para que sus músculos, nervios, articulaciones estuvieran ocupadas, dejando el corazón y la mente libres para dirigirse a Dios.

Por eso es que en nuestros grupos de Spred nos sentamos juntos, haciendo algo ligero, una actividad sin propósito, sacando fuerza uno del otro de una manera que no se ve ni se escucha. Nuestros amigos que no hablan se vuelven levadura para nosotros, compartiendo la realidad interna más profunda, la cual, en nosotros mismos, la enmascaramos con palabras y hechos.

Esta presencia nos transforma, ayudándonos a estar satisfechos con nuestro espíritu, a estar descansando con Dios, a volvernos más conscientes de nuestro deseo de ser uno con Dios.

El área de preparación en la cual nos reunimos, se convierte en un lugar santuario, se convierte en un lugar de paz, un lugar donde el camino está preparado para la oración verdadera. Jesús dijo: "Cuando recen, vayan a su habitación y recen en secreto". San Ambrosio dijo de esta cita: "No deben creer que él quiso decir una habitación con cuatro paredes que los separa de los demás, sino una habitación que está dentro de ustedes, donde sus pensamientos están, el lugar que contiene sus sentimientos".

El silencio y la paz del cuarto de preparación están ahí para hacer más fácil nuestra retirada hacia nuestra habitación interior. La presencia de los que viven sin hablar, actúa como la levadura, ayudando a levantar la masa que traemos y a transformarla en algo más satisfactorio de lo que era antes, mientras los transformamos mediante la apertura de nuestra presencia, mediante nuestro trato hacia ellos como personas de valor e iguales, y mediante nuestro deseo no hablado por aprender de ellos. Existe un compartir mutuo de espíritus. Podría parecer pasivo, podría no ser medido por las normas de la sociedad, podría no sonar como una recitación familiar de una oración, pero esto es una forma verdadera de rezar, porque esto es la elevación de las mentes y corazones hacia Dios. Esto es nuestro deseo compartido de Dios-con-nosotros.

La transformación que ocurre, nos prepara a todos para esa experiencia sagrada tan profunda y tan específica a la cual entramos cuando nos movemos hacia el Cuarto de Celebración. Ahí, nuestra experiencia es más parecida a la del Cuarto Superior en el cual Jesús se dio a sí mismo a sus apóstoles, a sus amigos. Si hemos entrado al propósito y significado verdaderos del tiempo callado de preparación, estaremos más listos para recibir la Palabra de Dios, para ajustarnos a las evocaciones de las acciones de Dios en nuestras vidas diarias, para responder con sonidos y gestos y así expandir el espíritu interno, para estar más preparados para entrar "al cuarto que está dentro de usted, donde están sus pensamientos", para estar más conscientes de que Dios puede leer nuestros pensamientos y deseos más íntimos sin ayuda de las palabras humanas. "Porque él nos ha hecho saber, con toda la sabiduría y sutileza, el misterio de su deseo".

Por lo que no es más importante recitar una oración, es la actitud de la mente y el corazón de los cuales salta la oración. No es la asistencia al grupo de Spred lo que importa, sino la actitud de la mente y el corazón de los cuales salta. El "Dios-con-nosotros" atento y callado que recibimos de las personas que no hablan y a las que ofrecemos nuestra amistad, nutrirá nuestras mentes y corazones y realzará nuestra respuesta a la gracia de Dios.

Hna. Margaret Duffy, SND
Spred de Paisley, Escocia

